

Incorporación como Académico de Número del AA Dr. Oswaldo Salaverry García

Hipólito Unanue y la Medicina Topográfica

AA Dr. Oswaldo Salaverry García

Hipólito Unánue es el médico más reconocido de la Historia de la Medicina peruana, tanto por su múltiple actividad científica, como por haber sido quien renovó la práctica médica, introduciendo nuevos conceptos que buscaban superar la tradicional fisiología hipocrática de humores y temperamentos. Su visión de la medicina vinculaba la salud al entorno, privilegiando la influencia del medio ambiente geográfico, pero también la comida, la bebida y la actividad física en la conservación o pérdida de la salud. Fue también el fundador del Real Colegio de Medicina y Cirugía de San Fernando, la primera Escuela de Medicina del subcontinente sudamericano, a través de la cual desterró el sistema de cuatro cátedras (Prima de Medicina, Vísperas de Medicina, Método de Galeno y Anatomía) que se mantenía desde la época medieval reemplazándolo por un plan de estudios basado en asignaturas que denominó "Quadro sinóptico de las ciencias que se enseñaran en el Colegio de Medicina de San Fernando" en el cual, concordante con sus ideas médicas incorporó el estudio de la meteorología, la botánica y la zoología además del conocimiento del cuerpo humano.

Escritor prolífico, pero de artículos cortos y discursos o ponencias, solo escribe un libro: "El clima de Lima y su influencia en los seres organizados en particular el hombre" el cual luego de una primera edición en Lima, corrige y aumenta en una segunda edición en Madrid. Es una obra de madurez, tanto personal como científica, publicada poco después de cumplir los 50 años, en la cual resume todo su pensamiento epistemológico, clínico

y hasta terapéutico, pero centrándose y sustentado su posición en las observaciones e investigaciones que realiza en los diez años previos, coincidentes por cierto con su periodo como Catedrático de Anatomía en la Universidad de San Marcos y su dirección del "Anfiteatro anatómico".

El cambio que introduce Unánue en la Medicina local, es parte de un cambio de paradigma que afecta a toda la medicina a fines del siglo XVIII pero que tuvo su primera manifestación en habla castellana en el Perú. Hasta entonces, manteniendo de base las doctrinas de Hipócrates, Galeno y sus comentaristas, la medicina no distinguía claramente sus prácticas científicas de otras interpretaciones fantásticas y sobrenaturales, muchas de ellas antojadizas y otras de raigambre religiosa, utilizando indistintamente unas u otras en su práctica. Fue una tarea enorme lograr cambiar en tan corto plazo y con tan escaso apoyo el carácter mismo de la Medicina tal como se practicaba en el virreinato del Perú. Por eso el elogio de Paz Soldán, nombrando a Unanue el Padre de la Medicina peruana, no es exagerado.

La medicina era percibida a fines del XVIII como retrasada en su desarrollo frente a los notables avances y descubrimientos de las otras ciencias. La revolución científica del siglo XVII con Newton, Descartes, Leibniz y otros personajes de la física, química y las ciencias naturales había brindado el marco teórico y el sustento para que se desarrollase la

revolución industrial del XVIII. Las ciencias se habían alejado ya de interpretaciones religiosas o fantásticas y disponían de un objeto de estudio claro y definido; de una metodología adecuada y de una aplicación técnica que sorprendía con sus nuevas invenciones e iba configurando paulatinamente un nuevo mundo. La medicina por su parte tenía escasos logros, no tenía una explicación clara de las causas o porque surgían las epidemias, pero peor aún, era totalmente impotente para detenerlas o prevenirlas. Las enfermedades endémicas no tenían un tratamiento diferente al vigente desde el periodo medieval propuesto por los autores árabes seguidores de Galeno. Desde la perspectiva de las otras ciencias la medicina era considerada un oficio necesario, una disciplina respetable, pero en modo alguno una ciencia y además con resultados muy alejados de la verdad científica.

La antigua interpretación del universo como un macro cosmos (literalmente “el gran orden”) que se reflejaba en un micro cosmos (“un pequeño orden” en griego) aún se mantenía en la medicina en este periodo y se enseñaba en las Universidades, entendiendo que el ser humano era ese microcosmos en su aspecto biológico. Así al equilibrio en la naturaleza de los cuatro elementos (aire, tierra, fuego y agua) le correspondía el equilibrio en el cuerpo animal de los cuatro humores (flema o pituita, bilis negra, bilis amarilla y sangre). Así como el desequilibrio de la naturaleza o macrocosmos se manifestaba en disturbios o fenómenos, el desequilibrio de los humores se manifestaba como enfermedad. Una consecuencia de esta concepción es que la causa de la enfermedad es interna, un desequilibrio de los humores sin mayor influencia del exterior, lo que por cierto impedía que se aceptara ideas como la del contagio, que sería una causa externa que provocaría el desequilibrio. La labor de la medicina y del médico era identificar la naturaleza del desequilibrio y luego tratar de restablecerlo, con los agentes terapéuticos a su alcance.

Las “fiebres” eran la denominación común de las enfermedades que hoy llamaríamos infecciosas, y se constituían en “pestes” cuando adquirían carácter epidémico. La diferencia entre una y otra era solo su distribución o alcance, pero en su interpretación patológica básica, y en sus manifestaciones individuales, todas eran “fiebres” como expresión de desequilibrios humorales. En la búsqueda de una correlación o explicación del surgimiento de

estas pestes, tanto el personaje común como los propios médicos, tempranamente recurrieron a una interpretación en la que estas “fiebres pestilenciales”, como también se las denominaba, correlacionaban con fenómenos astrológicos, fenómenos naturales o características del medio ambiente. Así estos fenómenos externos al microcosmos condicionaban su desequilibrio. Se mantenía así la correlación entre el micro y el macrocosmos y se explicaba porque simultánea, o casi simultáneamente, muchos individuos se enfermaban de una misma fiebre. La explicación sería que expuestos todos a las mismas alteraciones de la naturaleza, eso condicionaba que tuvieran un mismo tipo de desequilibrio individual, pero que tampoco afectaba a todos, debido a la diversidad de constituciones individuales.

Esta interpretación de la enfermedad epidémica, coexistía con otras interpretaciones populares pero aceptadas también por la medicina como que las epidemias eran la expiación de pecados colectivos (explicación religiosa) pero también provocadas por personas concretas que alteraban el agua o el aire con poderes sobrenaturales, como la hechicería (explicación mágica).

La idea que había una causa externa física o ambiental para las enfermedades epidémicas había sido, sin embargo planteada desde la antigüedad clásica por Hipócrates en su obra “Sobre los aires, las aguas y los lugares”, en la cual describe el ambiente de la ciudades que visita, observando la presencia de vientos, la calidad de las aguas que consumían y algunas características físicas del lugar, derivando de ellas la “constitución” de sus habitantes, es decir un conjunto de características comunes que los hacía más saludables o más propensos a las enfermedades. Aplicando estas ideas Hipócrates consideraba que las praderas de Asia eran el mejor lugar del mundo para los hombres y por eso se explicaba la mayor población que tenía.

Esta idea “ambientalista”, de las fiebres quedó sin embargo en el olvido y tomó fuerza la interpretación de las epidemias como consecuencia de la alteración del aire que respiramos por los “miasmas”, materia nunca bien definida pero siempre invocada, que podía surgir de los cuerpos en descomposición, de las zonas pantanosas o ser consecuencia de conjunciones astrales. Estos miasmas, afectaban a la población de

manera invisible y causaban las epidemias, frente a ello no había defensa alguna salvo huir, pero los miasmas surgían por todas partes y tarde o temprano alcanzaban todos los territorios.

Fue el inglés Thomas Sydenham (1624-1689) quien retoma las ideas hipocráticas de constitución y les da nueva forma, vinculándolas con las epidemias, pero también con el conjunto de fiebres. Estudiando la frecuencia y duración de las enfermedades según la época del año, las clasifica en epidémicas, estacionarias, intercurrentes y anómalas. Se entiende que las epidémicas surgen bruscamente, las estacionarias son más o menos permanentes, las intercurrentes son aquellas que surgen entre periodos epidémicos y por último establece un rubro para aquellas que no cumplen con ninguna de estas características.

Las enfermedades epidémicas las atribuye a “una oculta e inexplicable alteración acaecida en las entrañas mismas de la tierra” que actúa sobre la constitución o naturaleza de los seres vivos que habitan un determinado lugar, dando lugar a una nueva entidad que enlaza el ambiente con los seres vivos, la “constitución epidémica” es decir un conjunto de relaciones entre ser vivo y medio ambiente. Esta interpretación mantiene la interpretación humoral de la enfermedad, pero no como causa única. La epidemia ocurre porque la constitución de los habitantes de un determinado lugar reacciona frente a ciertas alteraciones de la naturaleza produciendo la enfermedad. La alteración de los humores en cada individuo es el mecanismo por el cual se manifiesta la epidemia en las personas, pero no es su origen.

A partir de esta renovada interpretación de Sydenham del rol del medio ambiente en el origen de la enfermedad epidémica, es que surge primero en el siglo XVIII la idea o concepto de Topografía médica; y luego, en el XIX el higienismo que promueve una vida sana basada en tener ciertas condiciones “ambientales” o externas al ser humano que le permitan mantener la salud. El higienismo como movimiento es ampliamente conocido y forma parte de esa relación de hitos de salud pública que explican la disminución de los índices de mortalidad que se habían incrementado enormemente desde los inicios del periodo industrial.

La Topografía médica por su parte, es poco conocida, pues su auge es durante la segunda mitad del siglo XVIII e inicios del XIX, pero luego el desarrollo de la bacteriología a partir de 1860, la tornará obsoleta. Su objeto era doble, por una parte, describir y explicar por qué ocurrían ciertas enfermedades en ciertos lugares y no en otros; y en segundo lugar seleccionar los lugares más adecuados para vivir. En ambos casos el estudio de los fenómenos naturales era parte sustancial de su trabajo por lo que se acerca la física y a la química evaluando la temperatura y las características químicas de las fuentes de agua, la velocidad y dirección de los vientos, entre otras medidas del ambiente o “Clima”.

Bajo este concepto florecen rápidamente planes de salud basados en la topografía médica. En Francia, se planteó como tarea del Estado que a través de los médicos y cirujanos militares se desarrollaran topografías medicas de todo el territorio describiendo la situación de los lugares, el terreno, el agua, el aire, pero también describiendo la sociedad y los temperamentos de los habitantes; sobre esta línea de base se desarrollarían observaciones permanentes de los fenómenos meteorológicos, como la presión, la temperatura y el comportamiento de los vientos, junto con una estadística de las epidemias, las endemias y las enfermedades intercurrentes. El análisis de esta información permitiría prever la ocurrencia de futuras enfermedades.

Es en este contexto que se ubica la obra de Unanue, pero con características locales que lo hacen más destacable, si bien, como hemos señalado las topografías médicas florecen en Europa, no ocurría así en España y mucho menos en las colonias. El apoyo del Estado fue el que generó numerosas “topografías” en Francia, pero en el virreinato del Perú a fines del XVIII, la situación científica era la de un páramo. Es conocido que el desarrollo científico y tecnológico era casi inexistente en las colonias españolas. No se identifican laboratorios químicos o gabinetes físicos en Lima u otras ciudades del amplio virreinato, los escasos instrumentos que existían y que se tiene conocimiento eran de propiedad particular y fruto de inquietudes individuales, como los que refiere el propio Unanue pertenecientes a su maestro Cosme Bueno, catedrático de Matemáticas en

San Marcos y Cosmógrafo Mayor del Reino. La propia información científica en la época de Unanue estaba aún sometida a una censura eclesiástica que impedía llegar libros considerados opuestos a las doctrinas religiosas o peligrosos políticamente.

Pese a todas estas limitaciones Unanue toma conocimiento de las ideas de Sydenham, no podemos precisar cómo es que las ideas de Sydenham llegaron hasta él, pero lo cita constantemente en “El Clima de Lima”, aunque en el catálogo de su Biblioteca no figura ninguna de sus obras. Toma del médico inglés su interpretación de la enfermedad epidémica como consecuencia de una conjunción de factores del medio ambiente con la constitución individual de los habitantes de un determinado lugar, pero la aplica como una Topografía médica de Lima, su ciudad de adopción, pues como es sabido es natural de Arica. Pacientemente durante años recopila personalmente, o a través de sus alumnos del Anfiteatro anatómico, la temperatura en diversos puntos de la ciudad, la temperatura del agua del mar que baña la ciudad, la velocidad de los vientos y sus cambios estacionales, aunado a una paciente observación de la geografía en que se asienta la capital del virreinato. Las montañas que la rodean, su río, sus fuentes, etc. Su estudio de la dirección de los vientos y su estacionalidad deben sin duda su precisión y prolijidad a las enseñanzas y la metódica de Cosme Bueno el Cosmógrafo.

Antes de Unanue no hay trabajos publicados en la metrópoli que tengan la envergadura del de nuestro compatriota, solo algunas aisladas recopilaciones de datos meteorológicos, pero en ningún caso con el contexto teórico de la obra de Unanue, porque la obra de Unanue no es solo una topografía médica, que extremando la simplificación es una descripción climatológica de una región, sino que representa una visión completa del pensamiento de Unanue en múltiples temas, encontramos en esta obra su visión de la vida, de la muerte, de la relación con la divinidad y expresión de su profunda religiosidad, pero también el pensamiento criollo ilustrado que resalta la particularidad de las tierras americanas y su plenitud. Salazar Bondy, el filósofo, ya dio cuenta de esta particularidad y estudió “El Clima de Lima” como un tratado filosófico, la filosofía de Unanue.

Es importante destacar en esta Topografía médica de Lima una defensa de América como territorio, por esos

años el Conde Buffon postulaba que los seres vivos de América, tanto plantas como animales eran infantiles, en tanto nuestro territorio había sido el último que había surgido luego del diluvio universal, y aun nuestras plantas y animales no se habían desprendido del todo de esa naturaleza húmeda que él asimilaba a las etapas iniciales del desarrollo. Todo el territorio americano era infantil, con lo que eso conllevaba en una interpretación de menor desarrollo biológico, pero también se extendía a un infantilismo psíquico, con caracteres atribuidos a sus habitantes propios de un menor y no de la madurez que tendría un europeo. Ciertamente extrapolando esa interpretación a toda la población esto implicaba que el gobierno europeo era casi un deber para mantener controlados a pueblos y territorios infantiles.

Las ideas de Buffon, no implicaban una desvalorización del territorio o de los habitantes de América, pero surge un curioso personaje, el abate Cornelius de Pauw, que con una evidente tendencia hacia iconoclasta y polémica lindante con escandalosa, propuso una supuesta degeneración natural de los seres vivos que llegaban de Europa debido al clima de América. Estas ideas fueron rechazadas por diversos intelectuales americanos y particularmente generaron una polémica entre el conde Buffon y Thomas Jefferson, pero no se recuerda que entre las voces que con argumentos y datos demuestra lo absurdo de la posición de de Pauw, se encuentra Hipólito Unanue expresamente en esta Topografía. Se muestra así el criollo ilustrado que reivindica el territorio y su riqueza, sus pobladores y cultura como en nada inferiores a la del viejo mundo.

Como hemos señalado Hipólito Unanue antes de publicar “El Clima de Lima” ya era un prolífico autor especialmente en el Mercurio Peruano, el órgano de difusión de los ilustrados peruanos que se agrupaban en la Sociedad de Amantes del País. Unanue bajo el seudónimo de Aristio era el redactor principal del periódico y bajo ese nombre publica en 1792 un artículo denominado “Precauciones para conservar la salud en el presente otoño”. Allí describe la “zona ardiente” del planeta en la que nos encontramos por nuestra cercanía al Ecuador, lo que implicaría que tuviéramos una constitución epidémica similar a la selva tropical amazónica u otras regiones en África que están a la misma distancia del Ecuador, pero Lima presenta una singularidad por su “ventajosa posición” que evita “el furor de la zona que habitamos”. Menciona la cercanía

de los cerros y arenas que rechazan los rayos solares, así como también a las características del terreno cercano a Lima con grandes arboledas, además de la presencia permanente de un viento del sur.

Su artículo de "El Mercurio" se inserta en la tradición hipocrática, y ciertamente vigente aún a fines del XVIII, que el "pronóstico" es el *summum* de la medicina. Predecir el curso de la enfermedad o de la epidemia era la mejor expresión de la calidad o sapiencia de un médico, no necesariamente curarla. Unanue lo aplica aquí a predecir, pero de modo científico, cuáles serán las fiebres que surgirán en el otoño que se aproxima. Pronostica una mayor cantidad de "fiebres" en el otoño de 1792 en relación a las ocurridas en el otoño de 1791, y que ya se conocían por las estadísticas de hospitales, y de parroquias en el caso de fallecidos, debido a que los factores protectores del clima de Lima frente al furor de la zona ardiente en que nos ubicamos, habían actuado en menor medida en el ciclo anual entonces vigente.

El otoño transcurrió y en uno de los últimos números del Mercurio del mismo año publica un segundo artículo llamado "Resultado del pronóstico y precauciones para el otoño" en el que señala que sus pronósticos han sido certeros. Es de algún modo la demostración de la validez de su método científico, basado en medir variables del clima para predecir qué efectos tiene sobre la constitución de los habitantes de Lima y por tanto deducir de ello si habrá más o menos enfermedades o fiebres.

Este es el inicio del plan de investigación de mayor envergadura hasta entonces desarrollado en nuestro país. Unanue recopilará datos meteorológicos de Lima durante los siguientes siete años así como también llevará un registro de las defunciones e ingresos en los hospitales de Lima. La ausencia de detalles de cómo realizaba su trabajo se debe al limitado núcleo de intelectuales ilustrados en ese entonces y al aislamiento de los principales centros de investigación europeos. Unanue no tenía pares con los que intercambiar informaciones ni avances.

En 1806 publica, en Lima la primera edición de "Observaciones sobre el Clima de Lima y su influencia en los seres organizados, en particular el hombre". Desde la selección del título es una declaración de principios. Como ya hemos señalado su libro, publicado en un formato pequeño y bajo la modalidad de

"suscriptores" es diferente a las Topografías médicas que se publicaban por dichas fechas en Europa. Unanue no se limita a describir la ciudad y sus variables climatológicas. Tampoco se limita a describir la morbilidad y la mortalidad de sus habitantes. El "Clima" es un tratado teórico sobre la relación entre el ambiente y la vida, sea esta vegetal o animal; el lenguaje nos puede parecer lejano al de un libro científico, pero es que por la formación de Unanue no puede separar los aspectos filosóficos de los científicos, las opiniones y afirmaciones representan su visión del mundo.

La obra está dividida en cinco apartados, el primero es una Historia del Clima aplicada a Lima en la que describe con detalle el suelo, las aguas, los vientos y otros aspectos meteorológicos de nuestra capital. Hace especial referencia a los temblores. Las explicaciones resumen sus observaciones de siete años desde 1793 hasta 1800, aunque solo incluye tablas detalladas, diarias, de los dos últimos años.

La segunda parte es la más filosófica o teórica, presenta el concepto base de la influencia del clima tanto en las plantas como en los animales, tal como lo ha dicho ya Sydenham y en general diversos autores europeos, pero en una interpretación en la que intenta vincular estos fenómenos físicos con su carácter religioso. Esta particular configuración del mundo es obra de la providencia divina. A diferencia de la poca referencia que los textos teóricos hacen a la inteligencia o razón, dedica un amplio espacio a discutir el "ingenio humano" relacionándolo, en su agudeza o torpeza, a las influencias del clima, pero señalando que, en el caso de América, al contrario de lo que afirmaba Buffon, es aún más vivo, precisamente debido al calor.

En una tercera sección, se dedica a la descripción médica y describe las enfermedades epidémicas y cíclicas que se observan en Lima relacionándolas naturalmente con el clima. Continúa lógicamente, después de la descripción de las enfermedades, con los medios que disponemos para evitarlas o curarlas. Culmina el tratado con una detallada descripción de la constitución médica de 1799, es decir la minuciosa descripción de las circunstancias climáticas y su correlación con las enfermedades observadas en ese periodo.

El "Clima de Lima" se constituye así en una verdadera obra científica moderna, la primera en el Perú con una

envergadura holística en la que a partir de la descripción de una topografía médica concreta, la de Lima, se brinda toda una teoría, no producto de la creación propia de Unanue, pero sí una adaptación o asimilación de teorías científicas vigentes, amalgamadas con las creencias propias del autor como las religiosas, pero además dando voz a una corriente ilustrada criolla, que defendía la singularidad de los territorios americanos. En su metodología, vista en conjunto con los dos artículos publicados en *El Mercurio Peruano*, siguen el método científico: parte de una teoría general, la aplica al ámbito local, adecuándola a la realidad sobre la base de observaciones cuantificadas, predice resultados y luego contrasta estos con lo realmente ocurrido.

El tiempo y las investigaciones de las décadas siguientes del siglo XIX dejaron en el olvido muchas de las asunciones teóricas de Unanue. El extraordinario desarrollo de la teoría bacteriana en la segunda mitad del XIX descartó la influencia del medio ambiente y la teoría humoral como causa de las fiebres y las enfermedades epidémicas. La enfermedad dejó de tener un origen en un desequilibrio interno y por el contrario pasó a considerarse algo completamente externo: un agente invisible que actúa directamente sobre el cuerpo provocándole la enfermedad. Sin embargo, ya desde fines del siglo XX la importancia del medio ambiente, del entorno y de las condiciones de vida para la génesis de la enfermedad fueron nuevamente puestas en consideración. Hoy es consenso que entre los determinantes de la salud se encuentra el medio ambiente y la investigación científica descubre día a día los múltiples mecanismos por los que componentes del medio ambiente condicionan, provocan o alteran el curso de la salud y la enfermedad. Ya no interpretamos que es el calor que recibimos del sol en el verano anterior es el que determinará el tipo de epidemias que nos afectarán en el otoño siguiente, pero se ha reivindicado la función del medio ambiente. Otros aspectos señalados por la idea topográfica como la influencia de las aguas para beber, la comida y los hábitos son también hoy considerados factores esenciales para establecer el estado de salud de una población.

Las topografías médicas estaban destinadas al olvido luego que se iniciara la era bacteriológica, pero tuvieron a través de Unanue una influencia permanente en el desarrollo científico del Perú, aunque no se publicó ninguna otra "Topografía" correspondiente a otra localidad peruana, se implantó entre los médicos una

cultura de medir valores meteorológicos, de estudiar los datos de las defunciones y de las morbilidades como parte del quehacer médico. En ese sentido la influencia de Unanue fue de largo alcance, pero fracasó sin duda en la intención de crear un núcleo de investigación alrededor de este tema. Ya lo había intentado nuestro personaje desde el Anfiteatro anatómico, en el cual durante diez años no solo instruyó a los estudiantes en todas las ramas de la ciencia y la cirugía, mucho más allá de lo que correspondía a una cátedra de anatomía, sino que desarrolló certámenes literarios, como se los denominaba entonces, para demostrar y divulgar nuevos conocimientos médicos. Se suma a este esfuerzo sus "exámenes" que eran también intentos de mostrar, a través de sus alumnos más destacados los nuevos alcances de la ciencia. Podemos especular que Unanue esperaba que a partir del "El Clima de Lima" se difundieran los análisis topográficos médicos, pero esto no ocurrió. Por una parte, podemos señalar la proximidad de los conflictos por la emancipación, que comenzaron en la segunda década del XIX desde el sur y el norte del continente, y que, aunque demoraron en llegar al Perú, sin duda ocuparon el interés de todos desde mucho antes. Sin embargo, el factor más importante que podemos señalar es la carencia de un apoyo sostenido a la investigación y el desarrollo científico por las autoridades, en esos entonces virreinales, pero que luego al convertirse en republicanas, continuaron con la misma política.

Los esfuerzos de Unanue siempre fueron aislados, si bien lo acompañó un pequeño grupo de colegas y amigos, todos ellos en conjunto no tenían el apoyo que necesitaron. La cátedra de anatomía y el anfiteatro anatómico, fueron fruto de la persistencia de Unanue. Su investigación de las topografías no fue acompañada de la existencia de un gabinete de meteorología o de un sistema estadístico que reflejara las defunciones o la morbilidad de los hospitales. Todo ese mínimo apoyo a la investigación no existió.

He allí la explicación para la falta de continuidad de los esfuerzos de Unanue.

Un ejemplo es la historia de la publicación de su obra cumbre, la primera edición de 1806 en Lima, fue elaborada, como ya se indicó, por suscripción en la Imprenta de los Huérfanos, y se repartió entre los ilustrados locales. Unanue se cuidó de enviar algunos

ejemplares a Madrid. No aparece ningún reporte, opúsculo o comentario en Lima, lo que nos muestra la soledad intelectual de Unanue, los suscriptores casi todos de la aristocracia local y diletantes de la ciencia, no representaban un colectivo científico. La recepción de esta primera edición fue distinta en la metrópoli, e impulsa a Unanue a una segunda edición fechada en Madrid en 1815. En esta edición se incluye un comentario sobre el libro según el Memorial Literario de Madrid en 1808:

“sus observaciones no solo tienen el mérito de la originalidad, sino el haber tratado esta materia con un orden científico, y cuando no más, con tanta filosofía y crítica como la que tiene los escritos de esta clase publicados en Europa, a lo menos los que yo conozco”

“No dudamos en afirmar que es uno de los mejores tratados que sobre este particular se han escrito en nuestros días, y que nos deberíamos dar por muy satisfechos con tal que le imitara alguno de nuestros ilustrados profesores que gozan de pública reputación”

Sin duda se apreció mejor el aporte de Unanue en un ambiente en el que, aun con muchas limitaciones en comparación con el resto de Europa, al menos existía una comunidad científica, que no puede dejar de reconocer el mérito de la obra, pero a lo que añade el comentario despectivo a lo americano:

“... es en verdad muy extraño que, llevando nosotros a los peruanos muchos siglos adelantados en la ilustración y bastantes años en la erección de cátedras de todas clases, se haya publicado el primer libro de esta clase en Lima y no en Madrid”

En Lima la segunda edición de 1815 circula, sin comentaristas ni seguidores. No se volverá a editar el Clima de Lima, ni otras topografías durante el XIX. Una tercera edición de “El Clima de Lima” ya no corresponde a una obra científica vigente, es parte de las “Obras científicas y literarias” de Hipólito Unanue que se publican en 1914, más de 100 años después de su primera edición, como un homenaje al personaje. Esta obra extraordinaria transitó en un solo paso de ser un libro de vanguardia a ser un texto de carácter histórico.

Esa es la reflexión final, la Historia de la Medicina peruana nos muestra personajes extraordinarios como Unanue, a los que luego homenajeamos y de los que nos sentimos profundamente orgullosos, pero olvidamos que su obra se desarrolló muchas veces en un páramo científico o incluso en un medio adverso y que eso signó su trascendencia. El deber principal que debemos a la memoria del personaje y su obra, como en el caso de Unanue y las topografías médicas, es crear las condiciones para que la investigación y el desarrollo científico en la medicina y en las ciencias de la salud en general, cuenten con la infraestructura material pero también con la institucional que le dé continuidad y permita su desenvolvimiento para beneficio del país. Se debe añadir el recuperar en nuestra juventud el imperativo moral que guió a Unanue, ese deber ético de encauzar todos nuestros esfuerzos a solucionar los problemas de nuestro país. Esos principios se encarnan en instituciones como la Academia Nacional de Medicina, a la que hoy me honro en incorporarme como Académico de Número, comprometiéndome a brindar todos mis esfuerzos para contribuir a sus preclaros fines.